Astolfo, uno de los personajes más simpáticos del poema, decide rescatar el juicio de Orlando y devolvérselo, y consigue, tras una extraordinaria aventura, que San Juan Evangelista le acompañe a la luna, donde dicho juicio se encuentra. En la luna, en efecto, están todas las cosas que se han perdido en la tierra. Entre ellas, vió Astolfo, en el profundo y estrecho valle al que el santo le condujo, cómo estaban amontonados lágrimas y suspiros de enamorados, el tiempo empleado en los juegos de azar, los vanos deseos, las coronas de los reinos antiguos, el dinero de los sobornos, las limosnas hechas tras la muerte del donador, las bellezas de la mujer... todo lo que se pierde en el mundo, según ya se ha dicho. Y, por fin, en un frasco, encuentra el juicio de Orlando, que "era como un licor sutil y suave; dispuesto a exhalar, si no se tiene bien cerrado", el cual frasco era el mayor de todos los que allí había, y estaba sellado con un letrero que decía: "Juicio de Orlando". (Conf. XXXIV).

El estilo del Furioso responde plenamente a la estética del siglo XVI: decoro, elegancia, abundancia, pero también desencanto, ironía. No conozco un antecedente más claro del espíritu cervantino. ¡Pobre Orlando, a qué extremos le ha llevado la historia por haber vivido demasiados siglos! ¡Su metamorfosis no puede ser más completa, ni más gloriosa, pues nunca, salvo en el poema de Roldán, es decir, en la Chanson de Roland, ha sido objeto de tan sublime poesía!

Será en la patria de Cervantes donde Roldán sufrirá una de sus metamorfosis más decisivas; una metamorfosis que, desde el punto de vista de la historia que nos ocupa, puede parecer hasta brutal. La sufre a manos del manchego Bernardo de Balbuena, que fue primer obispo de Puerto Rico de 1619 a 1627, el cual publicó en Madrid, tres años antes de morir en San Juan, es decir, el año 1624, su poema de juventud titulado El Bernardo o la Victoria de Roncesvalles. Réparese en que, por primera vez, se califica de victoria al combate en que murió Roldán, que ahora, en este poema español, recupera su nombre y deja de ser Orlando.

El Bernardo es un largo y estupendo poema, en el que se encuentran algunos de los más bellos versos jamás escritos en nuestra lengua, poema barroco en XXIV cantos en octavas reales, que narra las aventuras inverosímiles del gran Bernardo del Carpio, uno de los héroes de nuestro romancero. Es un caballero leonés cuya familia ha sufrido los agravios de Carlomagno y sus barones que él mismo está destinado a vengar. El Bernardo está lleno de encantamientos, prodigios, viajes aéreos y subterráneos y aventuras de todas clases. No es, por lo demás, un poema de amor, sino una pieza heroica cuyo fin es la exaltación de España y de su historia y en la que, además de contarse lo sucedido en ella hasta un siglo VIII utópico y anacrónico. Se profetiza lo demás hasta el descubrimiento de América, de tal manera que, gracias a un encantamiento, Bernardo puede visitar América de Sur a Norte, siete siglos antes de que llegase a ella Colón.

Lo que más nos importa de este poema es que Roldán es ahora el defensor de una causa injusta: la conquista de España, en la que se han empeñado irreflexivamente -y con la conciencia no muy tranquila- Carlomagno y sus hombres. La metamorfosis no puede ser más radical, y es que -o así me parece- el martillo de la contrarreforma manejado por Balbuena, cae con fuerza sobre la estructura de la última leyenda rolandiana. Esta metamorfosis, pues, responde al punto de